

Las nuevas formas de movilidad de la población, la especificidad de la familia italiana y la explosión del coronavirus en Lombardía

Franco Ramella

Desde las primeras semanas de la propagación de la epidemia de coronavirus, Lombardía, la región del norte de Italia con capital en Milán donde se concentra la mayor parte de la actividad productiva del país, se ha convertido en un caso especial en el contexto europeo. La violencia del virus no ha tenido parangón ni en otras regiones italianas ni en zonas europeas similares en cuanto a dinamismo económico y densidad de población, como las áreas metropolitanas de Madrid o Barcelona o la de París, aunque también se vieron duramente afectadas. Con una sexta parte de la población italiana (diez millones de habitantes), solo Lombardía contabilizó durante toda la primera gran ola epidémica más de la mitad (hasta picos del 60 %) de los fallecimientos registrados por fuentes oficiales en todo el país. En abril en esta región las muertes por cada cien mil habitantes fueron casi el doble de las registradas en la cercana Emilia Romagna, en ese momento la segunda región italiana en cuanto a la tasa de mortalidad, y más del doble que las de las otras regiones más golpeadas por el virus (situadas en el norte, mientras que el centro-sur se salvó en gran medida).¹

La anomalía lombarda no ha encontrado explicación. Es probable que hayan intervenido una gran variedad de factores, algunos de los cuales también

1. Los datos fueron publicados por *The New York Times* en su edición del 17 de abril y se refieren al día 15 del mes, cuando Lombardía contabilizó, según fuentes oficiales, 11.377 muertos y todo el país 21.645. El número de muertes por cada 100.000 habitantes en Lombardía era entonces de 113, en Emilia Romagna de 63. En el Lacio, la región de la capital, 5, como en Campania (ciudad principal Nápoles).

localizables en otras partes de Europa (y tal vez un cierto elemento de casualidad: parece que el virus comenzó a circular ampliamente en esta región antes que en otras zonas de Italia y de países vecinos): la dramática falta de preparación para hacer frente a la epidemia de un sistema de salud local (en Italia la sanidad es responsabilidad de los gobiernos regionales) que está a la cabeza de las clasificaciones internacionales, pero que se construyó a expensas de la red de médicos de atención primaria de la zona (una red que en efecto desempeñó un papel clave en la reducción drástica de la tasa de mortalidad de la epidemia en sus inicios en el Véneto, región limítrofe con Lombardía); la incapacidad de realizar pruebas a grandes segmentos de la población para identificar y aislar a los portadores de la infección; los retrasos en la limitación de los primeros brotes en el momento de su aparición con un confinamiento efectivo, etc. El altísimo nivel de contaminación de la llanura del Po, el gran río que atraviesa todo el norte de Italia, también ha influido sin duda alguna (la correlación entre contaminación y mortalidad por coronavirus está ampliamente comprobada) y ha sido decisivo, si se considera que el virus se ceba especialmente en los ancianos, que tenga el récord europeo de presencia de personas mayores de 65 años (el 22,8 % de la población italiana). Pero el caso de Lombardía, al menos en la fase inicial de la epidemia en Europa en la primavera de 2020, sigue siendo un enigma.

Las ciencias médicas tendrán ciertamente mucho que decir sobre lo sucedido, pero desde el punto de vista de las ciencias sociales, y desde una perspectiva histórica, la reflexión sobre el tsunami que afectó a esta región italiana es una oportunidad para meditar con perspectiva histórica sobre algunos fenómenos que en las últimas décadas han contribuido a cambiar el contexto en el que viven las personas y las familias. Desde este punto de vista, sería útil reflexionar sobre el cambio en las formas de movilidad que se ha generalizado en toda Europa, si bien en diferentes momentos, de diferente manera y con diferente intensidad. La combinación de estas nuevas formas de movilidad de la población con la especificidad de la familia italiana (en los aspectos que veremos) podría sugerir una hipótesis de explicación para el caso de Lombardía.

El modelo de movilidad que se ha consolidado en las últimas décadas es nuevo respecto al que dominó en Europa durante la época dorada del *boom* económico de la posguerra, caracterizada por importantes movimientos migratorios internos (que se sumaban a los flujos dirigidos a los países centroeuropeos desde el sur del continente).² En Italia, el fenómeno ha sido estudiado principalmente a través de la gran migración del sur hacia el llamado triángulo industrial (Turín, Milán, Génova, capitales del Piamonte, Lombardía y Liguria), el corazón del llamado milagro económico italiano, con Lombardía en su centro. La demanda de

2. Véase T. JUDT: *Postwar. A History of Europe since 1945*, Londres, Penguin Books, 2005. Sobre Italia existe una amplia literatura: véase, por ejemplo, G. CRAINZ: *Storia del miracolo italiano*, Roma, Donzelli, 1996.

mano de obra en esos años superaba con creces la presencia de mano de obra local. Tres millones de personas abandonaron el Mezzogiorno y se instalaron en el norte para responder a la llamada, pero fue la movilidad de corto y medio alcance la que prevaleció: entre 1955 y 1970 la gran mayoría de los cerca de veinticinco millones de individuos que se desplazaron de un municipio a otro (de una población total de entre 50 y 54 millones en los censos de 1961 y 1971) lo hicieron dentro de la misma región.³ La reorganización de la población es tan grande que cambia la geografía humana del país de una manera nunca vista en la historia del joven Estado unitario. El éxodo en la agricultura alcanza dimensiones bíblicas. En el valle del Po desaparece –después de haber marcado todo el paisaje social y económico durante mucho tiempo– la figura del jornalero, que deja el pueblo para trasladarse a las fábricas de las ciudades y sus alrededores. El campo se vació, generando en algunas zonas del norte el fenómeno estudiado por Pierre Bourdieu en los mismos años en los Pirineos franceses: los campesinos que quedaban ya no encontraban esposas porque las jóvenes huían del campo para convertirse en obreras.⁴ La despoblación también afectó a los valles prealpinos. En Lombardía, como en todo el triángulo industrial (y en la mayor parte del país), los movimientos de población se traducen en un fuerte impulso hacia la urbanización. La población de Milán crece rápidamente y las ciudades medianas históricas de la región también lo hacen, aunque en menor medida. El área metropolitana recibe un impulso demográfico sin precedentes con la desordenada transformación de pueblos suburbanos en centros urbanos en pocos años.

Para el tema que nos ocupa, lo más significativo de este fenómeno es que, en su momento, los que se desplazan –a larga pero también a media y corta distancia– tienden a quedarse en el lugar donde encontraron trabajo. Quienes aprovechan las nuevas oportunidades que se les presentan se van a vivir donde creen que pueden explotarlas. Esencialmente, cambian de residencia: se dan de baja en el padrón (el registro de habitantes) del municipio donde nacieron (o donde vivían) y se inscriben en el registro del municipio al que se han trasladado.

En los años ochenta se produjo una inversión en la tendencia de la dinámica de urbanización, que vino acompañada de la descentralización de las actividades productivas y marcó el paso de la economía fordista a la era postindustrial. El fenómeno más visible es la «huida de la ciudad», como la definieron entonces los medios de comunicación. La morfología urbana de la zona cambia. Cuotas crecientes de población se desplazan hacia el extrarradio, hacia suburbios cada vez más lejanos y hacia los municipios de un territorio metropolitano que tiende a ampliar sus límites de forma desproporcionada. La gentrificación de barrios obreros enteros es uno de los indicadores de un fenómeno mucho más amplio:

3. E. PUGLIESE: *L'Italia tra migrazioni internazionali e migrazioni interne*, Bologna, Il Mulino, 2002.

4. P. BOURDIEU: *Le bal des célibataires*, París, Seuil, 2002 (publicado originalmente en el número 5-6 (1962) de *Etudes Rurales*).

los trabajadores y las clases medias se ven empujados a buscar viviendas asequibles fuera del centro y de las propias murallas de la ciudad. Al mismo tiempo, la despoblación de las zonas montañosas y de las colinas se ralentiza y a continuación se detiene. El resultado de la acumulación de estos procesos a lo largo del tiempo es que hoy el valle del Po ha adquirido la apariencia de una inmensa megalópolis, con Milán en el centro, cuyos ganglios son ciudades pequeñas y medianas, conectadas entre sí por una sucesión casi ininterrumpida de aglomeraciones de viviendas, infraestructuras y naves industriales.⁵

Todo ello provocó un cambio en las formas de movilidad que prevalecían en los años del milagro económico, hecho posible y fomentado de forma decisiva por las innovaciones en el transporte. En el caso italiano la extensión de la motorización masiva (mucho más que la renovación de las redes ferroviarias y el desarrollo del metro) ha creado las condiciones para que un número creciente de personas vivan en un lugar y trabajen y consuman en otro. Es decir, el cambio en el modelo de movilidad ha supuesto una tendencia creciente a sustituir los cambios de residencia por los desplazamientos diarios.

La primera encuesta nacional sobre el fenómeno, realizada en 2007,⁶ había constatado un aumento de los desplazamientos en los últimos dieciséis años – desde 1991– del 66 %: una auténtica «explosión», según los comentaristas de la época,⁷ cuya causa principal era el traslado de población «del centro de la ciudad al primer y segundo anillo urbano». Las estimaciones del Instituto Nacional de Estadística para 2017 muestran que los desplazamientos diarios por motivos de trabajo o estudio afectan a más de la mitad de la población de las regiones del norte, pero es Lombardía la que registra el mayor número de desplazamientos diarios fuera del municipio de residencia. Según el último censo de población, de todas las personas que abandonan su domicilio para trabajar en esta región, dos tercios salen de los límites de la ciudad o pueblo donde viven.⁸

Es evidente que la propagación de la infección, que se transmite de persona a persona, se ha visto enormemente favorecida, tanto en el caso de Lombardía como en otras zonas europeas similares, por la circulación diaria de millones de individuos en un vasto territorio que mantiene intensos intercambios con el resto del mundo.

Pero a esto se añade un fenómeno que, en su especificidad, es típicamente italiano. Aquí, según mi hipótesis, se encuentra la clave para explicar la anomalía de Lombardía.

5. Véase G. BERTA: *La via del Nord*, Bolonia, Il Mulino, 2015.

6. La encuesta fue realizada por el instituto de investigación Censis en 2007.

7. *La Stampa*, 27 de noviembre de 2007.

8. Istat, «Censimento della popolazione e delle abitazioni» (Censo de Población y Vivienda), 2011, «Popolazione residente in famiglia che si sposta giornalmente per motivi di lavoro» (Población residente en familia que se desplaza diariamente por trabajo).

Cabe destacar que en los años del *boom* económico los movimientos migratorios internos, tanto de largo como de corto alcance, han involucrado de manera preponderante a las franjas jóvenes de la población. Por supuesto, esto no es una peculiaridad italiana, como demuestran los ciertos estudios.⁹

Uno de los efectos de la composición por edades de los flujos migratorios fue que principalmente los parentescos que se recomponían –cuando esto ocurrió– en los lugares de destino (a través de las cadenas migratorias, como es sabido) incluían a hermanos y hermanas, cuñados y primos, pero no a las generaciones mayores. Los ancianos generalmente se quedaban en sus lugares de origen. Fueron los hijos (y los nietos pequeños) los que emigraron.

El hecho de que las familias inmigrantes, tanto las que se habían trasladado como las nuevas que se estaban creando, formaran parte de redes de parentesco que carecían de miembros mayores *en el lugar* tenía consecuencias de gran importancia. Una de ellas implicaba la capacidad de las jóvenes esposas para buscar trabajo remunerado fuera del hogar. La ausencia de la generación de más edad, unida a la grave carencia de servicios esenciales para la plena participación femenina en el mercado laboral, como guarderías y jardines de infancia, dificultaba mucho la conciliación de las actividades remuneradas con las tareas domésticas de cuidado de los niños pequeños.

Las mujeres inmigrantes carecían del valioso recurso de la ayuda de sus madres, las abuelas, para cuidar de sus nietos. (La cuestión se ha estudiado en un gran centro urbano del norte con resultados muy interesantes).¹⁰

¿Qué ha cambiado con la aparición de nuevas formas de movilidad de la población que no implican un cambio de residencia? En un libro publicado hace un tiempo, el reconocido demógrafo francés Hervé Le Bras¹¹ subrayaba el papel de la modernización de los transportes en el aumento constante de las cantidades de trabajadores que se desplazan diariamente en la conurbación parisina: la expresión más visible de este fenómeno en Francia es la ampliación en los últimos años de la red de trenes de alta velocidad, que ha reducido en aproximadamente una hora el trayecto entre ciudades en un radio de cien kilómetros y la

9. Una reseña en M. WHITE y D. LINDSTROM: *Internal Migration*, en D. POSTON y M. MICKLIN (eds): *Handbook of Population*, Nueva York, Kluwer Academic/Plenum Publishers, 2005, pp. 311-346.

10. Véase A. BADINO: *Tutte a casa? Donne tra migrazione e lavoro nella Torino degli anni Sessanta*, Roma, Viella, 2012. Una de las estrategias adoptadas por las mujeres inmigrantes con hijos en casa para poder trabajar y obtener ingresos (o para poder mantenerlos con el matrimonio y el nacimiento de los hijos) fue buscar un empleo con horario flexible que permitiera una gestión (en parte) autónoma del tiempo y, por tanto, la conciliación con las necesidades de cuidado. Las oportunidades de este tipo provenían principalmente de la economía sumergida del sector terciario urbano inferior. Muchas mujeres trabajaban como criadas por horas. Estos trabajos, pagados ilegalmente, no aparecían en las estadísticas oficiales. En consecuencia, se ocultó la aportación de ingresos de las madres inmigrantes a sus familias, alimentando la creencia generalizada en los estudios de la época (y posteriores) de que la causa de su exclusión del mercado laboral era la cultura atribuida a su origen meridional.

11. H. LE BRAS: *L'adieu aux masses*, París, Editions de l'Aube, 2002.

capital. En el pasado, estos nuevos trabajadores no habrían elegido un empleo en París o se habrían trasladado.

Se ha observado que en la larga historia de las migraciones internacionales, cada vez que las innovaciones tecnológicas y organizativas permitían viajar más rápidamente y a menor precio, aumentaban los movimientos circulares, desde la revolución del transporte marítimo que en la segunda mitad del siglo XIX dio lugar al «desplazamiento transatlántico», el ir y venir de migrantes entre Europa y las Américas.¹²

Uno de los aspectos destacados por Le Bras fue que el nuevo modelo de movilidad fortalece, y no erosiona, el arraigo social local de las personas. Este es un punto importante para nosotros: las nuevas formas de movilidad no obligan a las personas a renunciar a sus raíces y, por lo tanto, no las obligan a trasladarse a un nuevo lugar, con los costes –no solo psicológicos– que ello implica (pero también con los procesos que pueden surgir). Esta es una de las paradojas de la modernidad: las espectaculares innovaciones que se han producido en el ámbito de los medios de locomoción, y las que se anuncian, cada vez más asombrosas desde el punto de vista tecnológico, no debilitarían, sino que favorecerían, el arraigo de las personas en los lugares (¿en los pequeños mundos?) donde han nacido, crecido y se han socializado.

¿Quiénes son los hombres y mujeres de Lombardía que se desplazan a diario fuera de su municipio, recorriendo distancias variables entre su domicilio y la oficina, la fábrica, el comercio o la actividad productiva en la que están empleados, o que se desplazan a la ciudad para ir de compras o hacer vida nocturna (los llamados *usuarios de la ciudad*)?

Entre estos protagonistas de la *movilidad sin desarraigo* se encuentran los hijos (y nietos) adultos de inmigrantes que trasladaron su residencia a la región en los años del *boom* económico y que se casaron a partir de los años sesenta y setenta. Son, en este sentido, la segunda y tercera generación de inmigrantes. Lo que es importante señalar desde nuestro punto de vista es que, en comparación con la primera generación, las formas de movilidad que practican no les han puesto en la situación de tener que alejarse de sus padres para formar su propia familia. Por el contrario, han permitido que no se separen de ellos.

Estos comportamientos ya se habían hecho notar en la década de los noventa a través de dos encuestas específicas realizadas por el Instituto Nacional de Estadística en 1994 y 1998.¹³ En ambas encuestas, resultó que casi dos tercios de las parejas en las que la esposa tenía menos de 45 años vivían a menos de un kilómetro del domicilio de una de las dos familias de procedencia. La tendencia

12. K. J. BADE: *L'Europa in movimento. Le migrazioni dal Settecento a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 2001.

13. Istat, «Indagine Multiscopo sulle famiglie» (Encuesta multiobjetivo sobre las familias), años 1987-1991, vol. VIII: *La condizione degli anziani* (La condición de los ancianos); «Indagine Multiscopo, Famiglia, soggetti sociali e condizioni dell'infanzia» (Encuesta multiobjetivo, familia, agentes sociales y condiciones de la infancia), 1998.

de los hijos a vivir en estrecho contacto con sus padres después del matrimonio no ha disminuido con los años. Los últimos datos disponibles para todo el país, referidos a 2019, indican que los mayores de 75 años que viven en el mismo bloque de pisos o grupo de casas que la familia de un hijo o hija son el 15,1 %; en su propio domicilio, pero a menos de un kilómetro de distancia el 25,8 %; en el domicilio de un hijo o hija el 20,9 % (en su mayoría ancianos viudos).¹⁴

En el caso italiano, el deseo de vivir cerca de los padres ancianos de él o de ella, o a veces de ambos cónyuges, está en el origen de un grado de proximidad residencial entre las tres generaciones de la familia (abuelos, hijos y nietos) tan elevado que constituye, en esas proporciones, un fenómeno único en el contexto europeo.

Los intercambios de recursos entre generaciones son un hecho general que se observa en todas partes y no todos requieren necesariamente la proximidad física: por ejemplo, la ayuda monetaria. Las remesas enviadas a los familiares en su país son una constante de las migraciones históricas y contemporáneas (hoy en día en Italia los flujos monetarios intergeneracionales van principalmente de los padres a las parejas jóvenes, a menudo –cuando las condiciones lo permiten– para la compra de una vivienda). Pero los intercambios que implican cuidados solo son posibles con la proximidad del domicilio: los abuelos cuidan a los nietos y los hijos y nietos cuidan a los abuelos. Las políticas de bienestar social insuficientes para abordar problemas como el cuidado de los niños y el apoyo eficiente a los ancianos empujan a las familias a encontrar dentro de sí mismas los recursos para resolverlos.

El número de mujeres en el mercado laboral regular ha aumentado en las últimas décadas y es mayor cuanto más dinámica es la economía local, como en Lombardía. La aportación de los abuelos en el cuidado de los niños pequeños se revela crucial para que las madres puedan compaginar el trabajo y las tareas domésticas (que siguen recayendo principalmente en ellas). Este fenómeno parece tan evidente para las instituciones que se han dado casos en los que el acceso a las plazas disponibles en las guarderías municipales –siempre muy por debajo de las necesidades de las familias– estaba condicionado por la normativa a la ausencia de los abuelos del niño. En presencia de los abuelos el niño pasaba al final de la lista.¹⁵

Todos los grupos de edad están potencialmente expuestos al coronavirus, pero, como sabemos, sobre todo mueren los ancianos. En Italia, en abril, el 83,5 % de los fallecidos por la infección tenían más de 70 años (el 95 % más de 60). La edad media de las víctimas era de 79 años.¹⁶ Lombardía no difiere del conjunto nacional.

14. Istat, «Over 75: fotografia di una generazione» (Más de 75 años: fotografía de una generación).

15. Estos casos se citan en F. BILLARI y G. Dalla ZUANNA: *La rivoluzione nella culla*, Milán, Università Bocconi, 2008.

16. Istituto Superiore di Sanità (ISS), «Report sulle caratteristiche dei pazienti deceduti positivi all'infezione da SARS CoV-2 in Italia» (Informe sobre las características de los pacientes fallecidos contagiados de SARS CoV-2 en Italia), 29 abril de 2020. Los fallecidos menores de 50 años fueron el 1,1 %, en su mayoría con enfermedades graves preexistentes.

Estos datos son aún más significativos si tenemos en cuenta que la mayoría de los contagiados (más o menos graves) eran menores de 70 años. El virus parece haber infectado en Italia principalmente a personas mayores de 40 años, pero ha matado sobre todo a los ancianos. Aunque las personas infectadas menores de cierta edad tenían un riesgo mucho menor de morir, hay que tener en cuenta que, en efecto, fueron vectores de contaminación (incluso los que no mostraban síntomas).¹⁷

Las personas mayores no forman parte del gran número de personas que se desplazan diariamente al trabajo. Tampoco, o solo en pequeña medida, engrosan las filas de los *usuarios de la ciudad*. Gran parte de su vida social se desarrolla, sobre todo en las ciudades pequeñas y en los barrios populares, en círculos frecuentados por personas de su misma edad. ¿Cómo se contagiaron? Cuando el virus apareció (según fuentes oficiales) en Wuhan, una delegación de la Organización Mundial de la Salud se desplazó a China. A su regreso, el jefe de la delegación, Bruce Aylwards, declaró en una entrevista a *The New York Times* que el virus se transmitía esencialmente en el seno de la familia. Los vectores de la infección eran los miembros de la familia.

Cuando la opinión pública empezó a interesarse por la anomalía de Lombardía, algunos observadores apuntaron al hecho de que en Italia el 20 % de los hijos de entre 30 y 49 años no abandonan el hogar de sus padres (o regresan).¹⁸ En Francia solo es el 5%, pero un fenómeno similar se observa en otros países, como España.

Sin embargo, no es el caso, de la proximidad residencial entre hijos adultos, nietos y padres ancianos, que es una especificidad, como hemos dicho, de la sociedad italiana: es muy probable que sean precisamente los contactos intensos y estrechos entre las tres generaciones los que desempeñen un papel fundamental en la transmisión del virus a las personas mayores.

Recientemente, en un estudio sobre las características demográficas de la población,¹⁹ se planteó la idea de que la prolongación de la esperanza de vida en

17. En una muestra recogida en el Piamonte a mediados de abril (casi 19.000 personas dieron positivo por haber contraído la infección), el 56,4 % de los infectados eran menores de 70 años. Entre ellos, el 0,9 % eran menores de 18 años y el 11,5 % tenían entre 19 y 39 años (*La Repubblica*, 18 de abril de 2020). Hay que añadir que se trataba de pacientes a los que se les había realizado la prueba de detección de la infección porque habían mostrado síntomas que sugerían que habían contraído el virus. Pero todos los estudios han demostrado que hay –en una medida que desconocemos pero que sería muy elevada– personas asintomáticas que son portadoras de la infección y la transmiten, pero escapan al control.

18. Otros, sin embargo, han sugerido la utilidad de observar las interacciones sociales de los ancianos, realizando una contribución básica a la discusión que, no obstante, no ha impulsado un estudio más profundo: J. B. DOWD et al., *Demographic science aids in understanding the spread and fatality rates of Covid-19*, University of Oxford and Nuffield College, marzo de 2020. En cuanto a la prolongada convivencia de los hijos con sus padres, es bien sabido que las causas se encuentran en las dificultades de acceso al mercado laboral y en la precariedad generalizada del empleo, así como en un mercado inmobiliario que aleja a los grupos menos pudientes de la propiedad de la vivienda.

19. Se trata de la mencionada investigación de BILLARI y DALLA ZUANNA.

